

2 de septiembre de 1945- Mi última muñeca de cumpleaños

Ya no temblaba.

Había llegado mi día favoritísimo del año, por fin era mi cumpleaños. El día más feliz de todos los días del mundo. Como todos los años, mis papis me iban a regalar un nuevo muñeco, uno diferente, uno grande y artificioso, porque mis papis decían que, “para una gran mente, nada es pequeño”, y mi mente siempre ha sido muy grande e ingeniosa según ellos. El del año anterior incluso emitía sonidos, era súper gracioso.

El día de mi cumpleaños mis papis solían llegar más tarde de lo normal. Mi mamá trabajaba en un sitio donde había mucha gente que hacía ruidos extraños, parecidos a los de mi muñeco. A veces escuchaba a mamá y papá hablar de estas personas; decían que a veces reían, otras lloraban, y muchas otras veces más se quedaban en silencio, y no temblaban. Papá siempre volvía lleno de pintura granate, brillantísima, como los zapatitos de charol que usaba los domingos.

Ya no temblaba, y los días de mi cumpleaños siempre temblaba.

Mamá había llegado a casa, pero no llevaba ningún muñeco. Las puertas no temblaban, ni las ventanas, ni la mesa. La mesa tenía bolitas de color granate, como la pintura de papá, como mis zapatitos y como la ropa de mis muñecos.

Ya no temblaba, aunque fuese el día de mi cumpleaños, y no tenía muñeco.

Mamá cogió una de las bolitas rojas de la mesa, decía que eran para comer, y yo tenía mucha hambre. Pero quería mi muñeco. Así que dejé que mamá comiese todas las bolitas rojas, mientras yo buscaba mis muñecos.

Mi mano temblaba.

Mi nueva muñeca de cumpleaños era muy bonita, se parecía a mí, llevaba una falda granate y blanca, i del corazón le salía más pintura granate. Con la mano cogía bolitas rojas como las de mamá. Y en sus ojos podía ver los de mamá.

Tuve visita mi último cumpleaños. Eran unos señores vestidos de verde, con pintura roja como la de papá y llevaban todos pistolas de agua brillantísimas. Me quitaron mi muñeca y mi cuchillo de jugar. Desde ese día no volví a ver ni a mamá, ni a papá, ni a mis muñecos. Todos estaban felices, porque ya no temblaban las casas, decían cosas como “La guerra ha terminado”, y por las calles veía todos los muñecos que podría haber conseguido, todos de rojo, todos sin temblar.